

Amanecer en la montaña

Il etae encoré nuit , quan je suis sorti de la tente que nus avions place...,

¡Perdón, perdón, que se me ha ido la olla! Este era el comienzo de una redacción que tuve que hacer cuando estudiaba francés hace mucho tiempo.....y que aún recuerdo. Pero esta vez lo voy a hacer en castellano porque, a pesar del tiempo transcurrido, todavía está en el disco duro es decir en “mi memoria”.

Fue un verano por la fiesta de San Pedro y san Pablo que coincidió con un fin de semana formando lo que vulgarmente se llama un “puente” y que ahora en la “Civilización del Ocio”, se prodigan tanto en nuestro país.

El tiempo era bueno y había quedado con tres amigos más para pasarlo en la montaña. Teníamos una tienda de campaña y ni cortos ni perezosos nos lanzamos a la aventura ya que ninguno de nosotros tenía experiencia en esas lides.

Unos días antes salimos a comprar las viandas que creíamos que íbamos a necesitar y cargamos con latas de conservas, bebidas etc, etc... Cargamos un par de mochilas y una vieja maleta de madera que tenían mis padres. Compramos los billetes del tren y nos fuimos a Candelario (un bonito pueblo de la Sierra Salmantina,) pero no os lo perdáis como pensábamos ir al baile alguna noche nos fuimos con la ropa de los domingos.

Una vez allí entramos en un bar para tomar unos refrescos y emprender la subida ya avanzada la tarde. En dicho bar coincidimos con un grupo de “escauts” que tenían la costumbre de subir todos los domingos y que estaban bien equipados con sus pantalones cortos y sus botas de montaña. Al saber de nuestras intenciones y vernos con aquellas pintas, se burlaron de nosotros pues no llevábamos ni linternas ni bastones. Ni siquiera conocíamos el camino que nos llevaría a la cumbre, y que ellos por su experiencia sabían que más de la mitad del recorrido, se haría con la noche ya entrada. Pero al final se brindaron a servirnos de guías y nos incluyeron en el grupo,

Esos días que pasamos junto a ellos, recibimos una lección de cómo se desenvuelve uno en la montaña.

El grupo estaba perfectamente organizado. Cada uno de ellos sabía lo que tenía que hacer para llevarse bien y que a su partida no quedasen huellas de que allí había estado nadie, salvo algunas hiervas aplastadas por las tiendas de campaña y nuestro deambular por la zona.

Pasada la noche y apenas los primeros resplandores del alba dibujaban la silueta de las montañas de enfrente. Cuando salí de la tienda de campaña después, de una noche nada confortable, pues la manta con que nos cubrimos del frescor de la noche no daba para taparnos a los cuatro.

A los que nos tocó el extremo de la colchoneta nos pasamos todo el tiempo tratando de cubrirnos y así estuvimos media noche tapados y media destapados.

La sensación que tuve al contemplar el paisaje, fue de que había sido transportado a un lugar mágico de esos con los que algunas veces sueña nuestra imaginación. La luz de la mañana desalojando las sombras de la noche, el olor a jara y a tomillo, el canto de las codornices y las alondras, hicieron despertar todos mis sentidos esperando iniciar lo que podría ser un gran día.

Al salir fuera, una sinfonía de sonidos salvajes,(grillos, saltamontes, ranas y el clásico “palpalá, palpalá” de las codornices que saludaban al nuevo día y un sinfín de olores naturales mezclados con el fresco de la mañana, inundaron todo mi ser y consiguieron disipar el malestar generado por causa de la “duermevela”.

Y efectivamente lo fue. Iniciamos la subida ya sin la tutela de nuestros amigos los “scouts” y después de un sinfín de peripecias llegamos a las lagunas que están en la cima de la montaña. Allí comimos y después iniciamos el descenso que se me antojó más penoso aún que la subida,

El resto de los días fueron más tranquilos, al fin fuimos al baile y nos divertimos de lo lindo, pero lo que más me impactó de aquella experiencia fue la lección de “civismo” que aprendimos de aquellos chavales, que siendo más jóvenes que nosotros nos demostraron ser mucho más “maduros” gracias a su educación.

Germán Ramos.